

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 10



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

POLÍTICAS DE NEGOCIACIÓN Y ESTRATEGIAS DE INTERCAMBIO EN LA TRAYECTORIA DE LA BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL DE RÍO DE JANEIRO EN EL SIGLO XIX¹

Maria Margaret Lopes²

INTRODUCCIÓN

Existe una gran producción escrita sobre el Museo Nacional de Río de Janeiro, institución creada en 1819 como Museo Real del Imperio portugués que se organizaba en América³. Asimismo, se han hecho numerosas investigaciones sobre la comisión científica de exploración de las provincias del norte del país, la Comisión del Ceará, iniciativa que posibilitó la compra de libros que impulsaría la organización oficial de la biblioteca del museo en 1863⁴. No obstante, las estrategias utilizadas por los directores del museo —la principal institución científica del siglo XIX en Brasil— para la constitución de la biblioteca aún no han sido objeto de análisis detallados por parte de los historiadores de la ciencia o los especialistas en la información.

Diversos estudios, tanto del campo de la historia como del de las ciencias de la información y biblioteconomía, versan sobre la posesión y circulación de libros

¹ Traducción de Cecilia Gil Marino.

² Deseo expresar mi agradecimiento a Valter Ponte, Irina Podgorny, Máximo Farro, Maria de Fátima Medeiros de Souza, Ana Abreu, Alda Heizer, Regina Dantas y, especialmente, a Carlos Aguirre, Ricardo Salvatore y Antonio Carlos Sequeira Fernandes, así como también a Gustavo Moreira y a los colegas de la Biblioteca y el Archivo del Museo Nacional de Río de Janeiro. Por último, al Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Brasil (CNPq), por el apoyo a mis investigaciones.

³ Las consideraciones de orden más general presentadas en este artículo sobre el Museo Nacional de Río de Janeiro se encuentran en Lopes, 2009b.

⁴ Sobre la Comisión del Ceará, véase Lopes, 2009a; y Pinheiro, 2002. Sobre la Biblioteca del Museo, véase Cunha, 1966. Este volumen conmemorativo del centenario de la Biblioteca, que reúne e informa sobre diversos documentos históricos, fue elaborado por la bibliotecaria del Museo y continúa siendo referencial para nuestros trabajos sobre la institución.

y sobre las bibliotecas particulares y religiosas en el Brasil colonial. Sin embargo, incluso para este periodo —que fue el que atrajo el mayor interés por parte de los especialistas— aún hay mucho por indagar. En 1979, en un balance sobre la literatura producida, el reconocido historiador brasileño Luiz Carlos Villalta, sin desconocer su importancia, resaltaba los límites de la historiografía existente. Villalta apuntaba la necesidad de estudios más profundos que relacionaran, por ejemplo, a las bibliotecas con las ideas políticas vigentes, así como también de trabajos que reunieran análisis cualitativos y cuantitativos, revisitando fuentes muchas veces solo enumeradas. En el ámbito de los estudios de las ciencias de la información, trabajos más recientes —reconociendo que el periodo colonial atrajo principalmente el interés de los historiadores— continúan señalando la urgencia de retomar las fuentes y la importancia de los análisis interdisciplinarios a partir de nuevas perspectivas (Reifschneider, 2011; Rodrigues, 2011; Santos, 2010, entre otros autores). En este escenario de posibilidades, las ahora reconocidas como infraestructuras epistémicas articuladas en una economía del conocimiento, conocidas como las LAM (*Library, Archives, Museums*) (Hedstrom & King, 2006a; 2006b), comenzaron a despertar el interés en distintas comunidades de investigadores, inclusive en Brasil.

Sin embargo, fueron los historiadores, siguiendo las tendencias internacionales en los estudios del libro, los principales especialistas que se acercaron a las prácticas de lectura en Brasil, la existencia y el comercio de libros y las bibliotecas públicas y particulares que proliferaron en las distintas regiones del país en el siglo XIX. Este trabajo no se propone realizar una revisión del campo, que cuenta con diversos estudios sobre bibliotecas como la Livraria Pública de Bahía de 1818 (Nizza da Silva, 1971; Silva, 2010), la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, esta última con bibliografía propia, o las bibliotecas de diferentes figuras públicas que, por su actividad profesional, por ocio o por acumulación de patrimonio económico y cultural, quisieron y supieron preservar sus bibliotecas particulares y posibilitaron así análisis más densos sobre sus gustos de lectura (Ferreira, 2009).

En este escenario, marcado aún por ausencias significativas, se destaca una línea de investigación, muy alentadora para estudios futuros, inaugurada en la década de 1970 por los trabajos sobre las bibliotecas científicas del país de la reconocida historiadora luso-brasileña Maria Beatriz Nizza da Silva (1973). Estos estudios aún no han tenido la continuidad que merecen. Algunas perspectivas analíticas privilegiaron la interpretación del país como una colonia de exploración en oposición a las colonizaciones de poblamiento del hemisferio norte; también se enfocaron sobre la esclavitud y el Imperio —que perduraron durante todo el siglo XIX— como factores que imposibilitaron las prácticas científicas, incluso dentro de los reducidos sectores medios (Camenietzki, 2003). Estas interpretaciones hacen difícil —o por lo menos no estimulan— la plena inserción de los estudios históricos

y sociales de las ciencias y tecnologías dentro de las principales claves interpretativas de los procesos de cultura científica de las sociedades brasileñas.

En el marco de un proyecto más amplio sobre colecciones de libros, comercio y lecturas de ciencias naturales en el Río de Janeiro del XIX, y con el objetivo de retomar la línea de investigación que se ocupa de las bibliotecas científicas, este artículo parte de un supuesto más o menos obvio pero fundamental e inexplorado para este caso: entender la importancia que tiene para la producción de conocimientos científicos la articulación epistémica básica de estas infraestructuras —el museo y su biblioteca—, por un lado; y el museo y el panorama de libros disponibles, sea en bibliotecas particulares o públicas y en el mercado.

Museos, bibliotecas y archivos comparten trayectorias conjuntas y presentan aspectos teóricos y metodológicos comunes en cuando a sus procesos de colección, conservación y comunicación. No obstante, en el caso específico de los museos de historia natural del siglo XIX, cuyo fundamento básico era la investigación científica, sin libros clásicos ni publicaciones seriales —que fueron aumentando con el correr del siglo—, sin material fácilmente disponible y organizado para su consulta, se tornaban cada vez más difíciles las operaciones de traducción y transcripción que buscaban convertir a las colecciones de productos naturales característicos del país en nuevos objetos de las ciencias globales. En el caso de Brasil, sin sus archivos y publicaciones existentes y relativamente conservados gracias a la herencia de la burocracia centralizada portuguesa, no sería posible visitar esas historias. Así, este artículo retoma las referencias dispersas existentes sobre la insistencia y las negociaciones constantes de los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro con los órganos de gobierno, en los años iniciales de su constitución, en torno a la importancia de comprar libros para formar colecciones. Reconstruyendo las negociaciones entre comercio y edición de libros en la correspondencia del encargado de la compra de libros en Europa con los recursos de la Comisión Científica, este artículo argumenta que, al articular archivos y bibliotecas —aunque aún no se advierte explícitamente en la literatura—, lo que se priorizó fue organizar una Biblioteca de obras raras, clásicas y fundamentales, especializada en ciencias naturales y cuyo destino era el Museo. Al final se menciona la iniciativa del director del Museo Nacional de Río de Janeiro en las últimas décadas del siglo XIX para crear su propia publicación y así mantener actualizado el Museo y posibilitar, a bajo costo, los intercambios internacionales, fundamentales para la investigación científica.

«LAS MEDALLAS DE LA NATURALEZA PARA REVELAR LA HISTORIA Y LAS REVOLUCIONES DEL GLOBO»

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, y hasta la organización formal de su biblioteca en 1863, los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro negociaron las compras de libros año tras año en las leyes de presupuesto de la institución y en el intercambio de documentos burocráticos con las secretarías de gobierno. En reiteradas ocasiones advirtieron que sin libros era imposible clasificar muestras, ordenar colecciones, organizar estantes y enseñar historia natural. Frei Custódio Alves Serrão, director del museo entre 1828 y 1847, articuló con suma claridad lo que hoy llamaríamos «infraestructuras epistémicas para la economía de conocimiento» en un discurso, explícitamente práctico, orientado a resaltar las ventajas de la utilidad de los recursos naturales y que buscaba sensibilizar a la burocracia del Imperio. En ese discurso del 6 de marzo de 1844, asimismo, es posible identificar su identificación con la noción cuveriana de los estudios teóricos de historia natural:

Si las Bibliotecas son el depósito del mundo intelectual y de los documentos que encerraron la vida de la humanidad en todos sus periodos, los Museos, como las Bibliotecas, resumen el mundo material y sus ejemplares, demuestran sus cambios, sirven como medallas de la naturaleza para revelar la historia y las revoluciones del globo. Estos preciosos depósitos, que registran todas las fuentes de riqueza material de una nación, proporcionan con creces al legislador ideas exactas y elementos necesarios para las grandes concepciones, tanto en la creación de recursos, como en la especulación de otros estudios que tienden a engrandecer su gloria y dignidad⁵.

El decreto de creación del Museo Nacional de 1819, que básicamente se refiere a la compra de las casas que alojarían a la institución, estipula que serían transferidos al nuevo Museo Real los instrumentos, máquinas y gabinetes que ya existían dispersos en otras reparticiones de la Corte, pero no menciona libros. Probablemente la primera obra manuscrita enviada al museo haya sido la *Descrição florestal da colleção de madeiras dos sertoes do Rio Abaethe*, de Wilhelm Ludwig Eschwege, por entonces inspector general de minería de oro de Minas Gerais, quien ya había enviado diamantes y otras colecciones de minerales para la institución. Las primeras colecciones donadas venían acompañadas de sus referencias, aunque eran frecuentes los reclamos del director de que muchas de estas se perdían en la aduana o en las Secretarías de gobierno, lo que impedía que las muestras se

⁵ Frei Custódio Alves Serrão, «Relatorio dos trabalhos e aquisições havidas no Musêo Nacional durante o anno de 1843», 6 de marzo de 1844. Museo Nacional de Río de Janeiro.

tornaran «útiles para la ciencia»⁶. Un indicio de que en el Museo había libros es una referencia a ellos dentro de la propia documentación de la institución y que ha sido extensamente reproducida por la historiografía. Se trata de una solicitud de retirada, y no de adquisición o donación de libros, en la que se pide la transferencia de la obra «Museu de Napoleão» del Museo a la Biblioteca Pública de Río de Janeiro, sin mayores identificaciones⁷.

Menciones a la existencia, magnitud y carencia de libros en el museo se repitieron en los informes de sus directores a partir de la década de 1830 y de la gestión de Custódio Alves Serrão⁸: «Las obras que tratan sobre ciencias son costosas, en el Museo no existe una biblioteca» [...] una biblioteca propia [...] donde se reúnan los periódicos más autorizados». Aparecen también menciones sobre las dificultades para clasificar las colecciones que iban en aumento. La ausencia de obras clásicas de la historia natural era presentada como justificación de la imposibilidad de una denominación rigurosa tanto de la mayoría de las especies como de su distribución por géneros.

En la Biblioteca Pública —actual Biblioteca Nacional de Río de Janeiro— entre los años 1833 y 1834, cuando los libros eran divididos según las cinco clasificaciones del sistema de Bure⁹, faltaban especialmente obras de química, física y ciencias físico-matemáticas, y existía por lo menos un catálogo completo de 302 obras de ciencias naturales. No fue sin protestar que el bibliotecario ayudante, Cônego Felisberto Antonio Pereira Delgado, cumplió con la orden del gobierno de 1832 de elaborar, en común acuerdo con el director del museo, una lista de setenta títulos de historia natural para que fueran transferidos al Museo Nacional. La biblioteca, que recibía al público de lunes a viernes, se veía privada de esas obras preciosas, muchas de las cuales eran utilizadas y requeridas por los lectores, a diferencia del

⁶ Por ejemplo, las referencias que acompañaban las colecciones de esqueletos fósiles enviadas de Río Grande del Sur por el naturalista prusiano Friedrich Sellow (1789-1831). Museo Nacional, Carpeta 1, n. 24, 6 de noviembre de 1823.

⁷ Museo Nacional, Carpeta 1, n. 76, 4 de agosto de 1827.

⁸ Las informaciones que siguen constan en los informes de los directores del Museo de 1831, 1833, 1842, 1843, 1844, consultados por mí en los archivos del Museo Nacional, algunos disponibles en la página web www.museunacional.br, o bien en Cunha, 1966, y Lopes, 2009a, 2009b.

⁹ El sistema de clasificación de Guillaume-François De Bure (1732-1832) fue adoptado por varias bibliotecas europeas. Para dar una idea de la Biblioteca Pública en la época veamos las cifras de volúmenes en distintas secciones: en la sección de Teología existían 8228 volúmenes; en Jurisprudencia (Canónica y Civil) 4673; en Ciencias y Artes 8388; en Historia, englobando Geografía, Cronología, Antigüedad y Viajes había 14 742 volúmenes; además estaba la riquísima colección de dibujos, retratos, libros truncados y duplicados, así como también de preciosos manuscritos.

museo, que solo atendía al público un día a la semana¹⁰. Aunque los recursos eran siempre limitados, en el museo también se compraban libros: una ley de presupuesto del país aprobó una partida especial (800\$000 réis) para la compra de libros en el exterior y en 1843, a pesar de dificultades anteriores, fueron adquiridos cerca de 69 volúmenes de obras clásicas para las diferentes secciones del museo y 105 ejemplares de periódicos¹¹. En 1841, según los informes ministeriales, la Biblioteca Pública habría comprado para su acervo y para el del museo por lo menos «la tercera parte de la interesante obra de Spix y Martius y tomado en suscripción 3 ejemplares para ser distribuidos convenientemente, además de una obra novísima de Martius sobre Brasil». El emperador había donado dos juegos de una parte de la obra de Pohl al Museo y a la Biblioteca. A partir de allí no faltaron sugerencias tales como «un buen principio [de una biblioteca] se podría encontrar en la Biblioteca Pública de la Corte, solo así (clasificadas) las colecciones duplicarían su valor y podrían ser ampliadas». En 1842, la Biblioteca Pública puso a disposición del museo un volumen mayor de obras; sin embargo, por falta de espacio y acondicionamiento conveniente —otros dos problemas irresolubles en la retórica de los directores de los museos—, solo llegarían al museo durante la gestión del siguiente director.

En 1844, las colecciones de libros del museo eran contabilizadas de la siguiente manera: 77 libros de historia natural general, 90 de zoología, 34 de botánica, 3 de química, 6 de Física, 9 de Arquitectura y 227 fascículos de *Reino Animal* de George Cuvier, *Magazin de Zoologie* y *Flora Fluminense*, sumando un total de 446 volúmenes. Cuvier era uno de los autores que conformaban el núcleo central de los libros del museo. Desde las primeras organizaciones de las colecciones y al menos una vez más en 1838, el *Reino Animal* de Cuvier es mencionado como guía para la clasificación de las colecciones zoológicas¹². Los once volúmenes de *Le Règne animal distribué d'après son organization: pour servir de base a l'Histoire Naturelle des animaux et introduction a l'anatomie comparée, par M. Le Baron Cuvier* (París: Deterville, 1829-1830) y los dieciséis volúmenes de *The Animal Kingdom arranged*

¹⁰ «Ofício do ajudante bibliotecário Cônego Felisberto Antonio Pereira Delgado a José Lino Coutinho, sobre a transferência para o Museu Nacional de uma coleção de obras adequadas ao estudo das ciências naturais. (Acompanha uma relação de 302 vols.)», 4 de febrero de 1832 (Vellozo, 1961, pp. 299-302).

¹¹ El catálogo mencionado en Cunha, 1966 —que enumera algunos de los principales periódicos internacionales existentes en el Museo para la época y que incluyen desde el volumen 1 de las *Philosophical Transactions*— no proporciona datos sobre la entrada de las obras al Museo, lo que no nos permite realizar inferencias, ya que sería necesario otro tipo de investigación y nuevos levantamientos de información.

¹² «Relação dos Objetos que se conservam no Museu Nacional dessa Corte. 30/04/1838, p.143-151». Libro de Oficios del Museo Nacional, 30 de abril de 1838, pp. 143-151. Este parece ser considerado el catálogo más antiguo y completo del Museo.

in conformity with its organization by the Baron Cuvier with additional descriptions of all the species hitherto named and of many not before noticed (Londres: Whittaker, 1827-1835) constan en un catálogo digitalizado de Obras Raras del Museo Nacional de inicios de la década de 1990. Por las fechas, en particular la de la edición francesa, podrían corresponder a los fascículos mencionados por Custódio Alves Serrão.

En su obra sobre los restos fósiles existentes en el Museo Nacional, Frederico Leopoldo César Burlamaque (1803-1866), director del museo entre 1847 y 1866¹³, proclamándose inexperto en anatomía comparada y consciente tanto de las dificultades de comprensión de la obra clásica de Cuvier que consultaba como de la falta de objetos en el museo que pudieran servirle de comparación para guiarlo en sus trabajos, se limitó a describir los restos existentes en el museo sin atreverse a clasificarlos. A esas alturas, el museo ya contaba con otras obras de Cuvier. Entre los libros que habían sido transferidos de la Biblioteca Nacional constaban: *Iconographie du règne animal* (París: B. Baillière, 1829-1844, t. I) e *Histoire des poissons* (París: F.G. Levrault, 1828). Sin embargo, tal vez serían los fascículos de *Le Règne animal* los que dieran continuidad a las referencias de Burlamaque. Es sabido que, a través de su propio trabajo, en 1855, el museo recibió al menos el volumen VII del *Bulletin de l'Académie Royale de Bruxelles*, que incluía un artículo sobre la geología de Minas Gerais de un controvertido «naturalista dinamarqués, Pedro Claussen»¹⁴. A su vez, a través de este, el director del museo se enteró de los trabajos paleontológicos de Peter W. Lund en las cavernas de Lagoa Santa en Brasil, que serían publicados en la revista del Instituto Histórico Geográfico Brasileño (Lopes, 2010).

Desde los últimos años de la década de 1840, incluyendo la designación de Burlamaque para la dirección de la institución, el museo pasó por un periodo de expansión y diversificación. Una de las prioridades de la gestión de Burlamaque al frente del museo fue su internacionalización. Intercambiando muestras por periódicos —la estrategia más común de los museos del siglo XIX, especialmente fuera de Europa, para poder realizar las prácticas clasificatorias—, el museo pasó a recibir, por ejemplo, los *Annales de la Société National d'Agriculture de Cherbourg*. Exdirectores de algunas secciones del Museo, como Frei Custódio Alves Serrão¹⁵, especialista en química y mineralogía, Luiz Riedel, botánico, y Manuel De Araújo

¹³ Para un abordaje detallado de la gestión de Burlamaque en el Museo Nacional, véase Lopes, 2013.

¹⁴ Se trata de Claussen, 1841.

¹⁵ Tras jubilarse de la dirección del Jardín Botánico de Río de Janeiro en 1861, Custódio Alves Serrão publicó su autobiografía, donde afirmó que «no pudiendo conservar mi biblioteca con los sueldos que me quedaron para la vida a la que me iba a dedicar y repugnándome la idea de ceder al uso particular instrumentos que me ayudaron al cumplimiento de mis deberes de empleado, se la oferté al Museo» (Vellozo, 1961, pp. 361-368).

Porto Alegre, exdirector de la sección de Numismática, Artes, Huesos y Costumbres de Pueblos Diversos, donaron sus colecciones particulares de libros y periódicos.

A partir de la transferencia de libros de la Biblioteca Nacional, al menos desde principios del año 1850, los directores de las secciones tenían a su disposición, si no todas las publicaciones periódicas recién publicados que eran necesarias para sus trabajos, una serie de obras de calidad y autores diversos, incluidas la clásica *Histoire naturelle des oiseaux* de Buffon (1770-1786) y la *Histoire naturelle des Oiseaux de Paradis et des Rolliers, suivie de celle des Toucans et des Barbus* de François Le Vaillant (1806), entre otras¹⁶. El viajero naturalista Le Vaillant fue un vehemente opositor del sistema binomial de Linneo y sus clasificaciones imprecisas e inadmitidas fueron frecuentemente criticadas por los ornitólogos que se iban profesionalizando. Sin embargo, los diversos libros de Le Vaillant, financiados por su padre, tuvieron cierta importancia por la descripción de un gran número de especies de aves de varias regiones del mundo (Olsen, 2009). La *Histoire naturelle des perroquets* de 1804¹⁷, sería posteriormente también adquirida para el acervo de la Comisión de Ceará. Considerando la fauna local, este título pudo sin duda interesar a los directores del Museo, así como también el primer volumen de los *Annales du Muséum d'Histoire Naturelle* de París de 1802. Este incluía, entre otros artículos de profesores de la institución que fue modelo y referencia para la construcción del Museo de Río de Janeiro, una descripción de los topacios brasileños por Haiüy, el mineralogista cuyo sistema de clasificación fue seguido y perfeccionado por Berzelius y Beudant —profesionales para ese entonces más actualizados—. Esto indica que tales libros o existían en el museo o sus directores tenían acceso a ellos.

Con la *Collecção das notícias para a história e geografia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portugueses ou lhes são vizinha*, publicada en cinco volúmenes entre 1812 y 1841 por la Academia Real de las Ciencias de Lisboa, llegó al museo, proveniente de la Biblioteca Pública, un material conocido por los estudiosos lusobrasileños del siglo XVIII: *Desenhos de gentios, animais, quadrupedes, aves, amphibios, peixes e insectos: prospectos de cidades, villas lugares, povoações, fortalezas edificios, rios e cachoeiras da Exposição Philosophica do Pará, Rio Negro, Mato grosso e Cuyabá. Copiados do real Jardim Botânico*, de Alexandre Rodrigues Ferreira (2 volúmenes,

¹⁶ Las obras que siguen se encuentran solo enumeradas entre las veinte obras que habrían sido el resultado de la transferencia de la Biblioteca Nacional, se conservaron en la colección de obras raras del Museo y fueron presentadas en la Exposición del centenario de la inauguración de la biblioteca (1966).

¹⁷ Como la obra de Buffon, y las otras que siguen, esta obra también continúa constando entre las obras raras del catálogo de la década de 1990, y con sus bellas reproducciones de aves, la *Histoire naturelle des Oiseaux de Paradis* está incluso disponible en la página del Museo: <http://www.obrasraras.museunacional.ufrj.br/>.

s/f). Las obras portuguesas *Flora Lusitanica* (1804), del director del Museo de Lisboa, Francisco A. Brotero; *Flora Conchincinensis* (1790), del naturalista João de Loureiro; y *Florae Lusitanicas et Brasiliensis specimen* (1787), de Domingos Vandelli, organizador de los Museos de Ayuda y de los cursos de Filosofía Natural de la Universidad Reformada de Coimbra, llegaron juntas al Museo, con la *Flora Zeylanica* de Lineu (1747). El ejemplar del museo es referido como una edición de 1748 impresa en Ámsterdam por J. Wetstenium.

En esa transferencia, el museo también habría recibido, entre otras obras, aquella que fue considerada la más antigua de su biblioteca: la *Historia Naturale* de Plinio, publicada en Venecia por Philippi Ueneti en 1481, que posiblemente perteneció a la emperatriz Leopoldina de Habsburgo, primera esposa de D. Pedro, el primer emperador de Brasil. Asimismo, destacaban el libro del naturalista Willem Piso —al cual acompañaría Mauricio de Nassau en la ocupación holandesa de Recife—, *De Indiae utrusque Re Naturali et Medica* (1658) y la obra de Johann Jacob Scheuchzer, *Herbarium Diluvianum* (1709); el autor de esta última, publicada en Leiden en 1723, se basó en las numerosas plantas de su colección de fósiles, considerada en la época una de las mejores de Europa. También llegó al museo la *Dissertatio de generatione et metamorphosibus insectorum surinamensium* de Maria Sibylla Merian, publicada en Ámsterdam por J. Oestewyk en 1719. Poseedora de una vasta cantidad de ilustraciones, lo que facilitaba enormemente los estudios comparados, para su clasificación, esta sería una obra que no perdería su actualidad. Publicada en varias ediciones de su traducción al francés, fue ampliamente utilizada por los entomólogos hasta bien entrado el siglo XIX. Hermann Burmeister, el director del Museo Público de Buenos Aires, la citaba incluso en sus obras de fin de siglo (Podgorny & Lopes, 2014), por ejemplo, y sus ejemplares llegan aún hoy a precios elevadísimos en el comercio de libros raros.

Esas transferencias sugieren que para el museo —cuya colección de libros se encontraba habilitada para los especialistas autorizados por el director pero aún no estaba disponible para el público, como era el caso de la Biblioteca Nacional— estas fueron obras de gran valor histórico, económico o de alguna posible utilidad, aunque no estuvieran necesariamente actualizadas. Cabe destacar que los casos mencionados, que son aquellos sobre los cuales tuvimos mayores evidencias de que efectivamente estuvieron en el museo a mediados de siglo, están lejos de constituir la totalidad de los libros existentes o de aquellos que estaban disponibles en —y para— la institución.

En ese periodo, las redes de sociabilidad científica de la Corte eran, si no limitadas, por lo menos pasibles de ser mapeadas (Pinheiro, 2009). Los directores del museo también eran profesores de las facultades de Medicina e Ingeniería de Río de Janeiro, socios del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (IHGB) y

de la Sociedad Auxiliadora de la Industria Nacional (SAIN), y fundadores de la Sociedad Vellosiana, exclusivamente dedicada a las ciencias naturales. Publicaban en los periódicos de esas asociaciones, que conservaron en el museo, así como también en las nuevas publicaciones nacionales que comenzaban a ser ampliadas, siguiendo el ejemplo de la *Biblioteca Guanabarensis*, de la *Revista Brasileira* y de los periódicos diarios.

Fueron muy corrientes los reclamos sobre las colecciones que pertenecían al museo que fueron llevadas a la Escuela Politécnica para ser utilizadas en las clases y que no fueron devueltas posteriormente; o sobre el traslado sin retorno de los instrumentos del laboratorio químico del museo a la Facultad de Medicina. Asimismo, lo fueron también las solicitudes de compra de colecciones por parte de la Escuela Politécnica, cuando faltaban recursos para el Museo, o las disputas polémicas hasta la década de 1880 sobre libros que habían sido retirados del Museo Nacional y no habían sido devueltos por el posterior director del Museo Botánico del Amazonas, según el director del Museo Nacional. Por ejemplo, cuando no disponían de libros y periódicos en el museo, los directores utilizaban aquellos que compraban para la Escuela Politécnica. Cuando Burlamaque asumió simultáneamente la dirección del museo, la tercera sección de Mineralogía, Geología y Ciencias Físicas, y la cátedra de Geología en la Academia Militar, solicitó la compra de catorce obras de Nerée Boubée (1806-1862), profesor de la Universidad de París, comerciante de productos naturales y propietario de su propia casa editora. Entre las obras adquiridas estaban el *Manuel Élémentaire de Géologie* y el *Tableau de la Classification des Roches, Fossiles et Minéraux pour Servir au Classement des Collections*¹⁸. La cuarta edición de la obra de Nerée Boubée, *Géologie Élémentaire Appliquée à l'Agriculture et à l'Industrie, Avec un Dictionnaire de Termes Géologiques ou Manuel de Géologie* de 1846, fue incluso traducida por Burlamaque para sus clases y citada en sus artículos de análisis de las colecciones mineralógicas del museo, publicados en las revistas brasileñas.

No comprar y dividir las obras existentes entre el IHGB, la Biblioteca Nacional y bibliotecas particulares de naturalistas de Río de Janeiro fue la justificación presentada por los directores del Museo Nacional como parte de las explicaciones que tuvieron que dar por el importante gasto referido a la compra de libros para la Comisión de Ceará, que constituyó oficialmente la biblioteca del museo, frente a las acusaciones de que era una exageración.

¹⁸ Sobre la compra de bibliografía y colecciones de muestras para las aulas de la Escuela Militar, véase Figueirôa, 1997.

«...PARA EVITAR EL TRISTE ESPECTÁCULO DEL AISLAMIENTO CIENTÍFICO»

El 5 de setiembre de 1863, Burlamaque informaba al gobierno que la nueva Biblioteca del Museo Nacional estaría constituida por «más de 3000 volúmenes de excelentes obras, particularmente de Ciencias Naturales». A los libros que el museo ya poseía se sumaron «tal vez 2000 volúmenes» adquiridos por la Comisión Científica de Exploración, que aún debían llegar de Hamburgo, y 200 volúmenes más, especialmente de botánica, cedidos a la Sociedad Velloziana —que funcionaba en el Museo Nacional— por el médico organizador de una *Flora Paranesa* y colaborador constante del museo, Antonio Corrêa de Lacerda (1777-1852). El acervo del museo, hasta entonces, era visiblemente modesto. Sumaba un total de 347 obras en 1267 volúmenes: 74 obras en 318 volúmenes de zoología; 67 en 205 de botánica; 32 en 51 de geología; 16 en 82 de física; 23 en 45 de mineralogía y metalurgia; 37 en 88 de química; 30 en 95 de numismática y arqueología; y 68 en 383 de obras generales, que incluían relatos de viajes, memorias, obras periódicas científicas y diccionarios.

El director aún recordaba que además de las ciencias naturales y físicas, el museo abarcaba también las áreas de arqueología y numismática, agricultura y etnografía, por lo que era conveniente que la nueva biblioteca contemplara también las obras esenciales de dichas áreas. Comprensivo y precavido, consideraba que, dados los pocos recursos, si no era posible adquirir todo al mismo tiempo, sus compras podrían ser garantizadas a través de subvenciones continuas. Manoel Ferreira Lagos (1816-1871), secretario del IHGB y adjunto de la sección de Anatomía Comparada y Zoología del Museo Nacional, fue nombrado bibliotecario. El museo precisaba realizar gastos extraordinarios para comprar cuatro armarios para libros, dos mesas grandes, cuatro tinteros, cuatro estantes, además de nuevos libros; cubrir el costo de encuadernación, suscripción de obras periódicas y continuación de los diarios científicos que el museo poseía desde el inicio; y también pagar por un ayudante para el bibliotecario. Para acomodar todo esto —libros, mesas, estantes y personas— definitivamente faltaba espacio. Sería necesaria una «pequeña» reforma y un «pequeño gasto»¹⁹.

Los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro vieron en la propuesta de la Comisión Científica de Exploración de las Provincias del Norte del País²⁰ una

¹⁹ «Relatório dos trabalhos e aquisições havidas no Museu Nacional, desde o último relatório com data de 3 de janeiro do ano corrente, até setembro do mesmo ano. 5 de setembro de 1863. Dr. Frederico L.C Burlamaque. Diretor do Museu». Museo Nacional, 1861-1869, f. 59.

²⁰ Presidida por la reconocida autoridad científica del botánico Francisco Freire Allemão (1797-1874), quien también era jefe de la sección de Botánica y sería el futuro director del Museo

excelente oportunidad para la creación oficial de la biblioteca del Museo Nacional. La Comisión de Ceará, iniciativa del museo para explorar los recursos naturales de esas regiones del país, comenzó a ser articulada en 1856, cuando fue presentada a través del IHGB justamente por Manoel Ferreira Lagos, que vendría a ser entonces el primer encargado oficial de la biblioteca del museo. El ambicioso proyecto era el mismo perseguido por todos los museos del siglo: grandes expediciones, abundantes colectas de productos naturales y de civilizaciones desaparecidas o en vías de desaparecer —por la civilización que las propias expediciones se empeñaban en llevar—. seguidas por años de trabajo en gabinetes y laboratorios para, a través del análisis y consultas bibliográficas, producir nuevos libros con nuevas contribuciones para la ciencia. La naturaleza de Brasil era pródiga, pero faltaban libros en el museo y estos costaban caro. Para convertir al Museo Nacional de Río de Janeiro en un museo a la altura de su tiempo, que compitiera con los museos europeos y norteamericanos, como querían sus directores, las consultas de publicaciones eran esenciales y había que elaborar una estrategia para obtenerlas.

En la época de la propuesta y las primeras expediciones de la Comisión Científica de Exploración, esta contaba con abundantes recursos y el apoyo del gobierno imperial brasileño. Debido a los costos de la Comisión, se aprobaron amplios créditos sin oposición alguna. Los periódicos elogiaban la iniciativa, exaltaban el coraje de los naturalistas y «naturalmente preparaban la tunda para nuestro regreso», informaba Lagos a Antônio Gonçalves Dias, el 14 de octubre de 1856, como respuesta a la pregunta de este último sobre «cuándo recogerían insectos en Ceará»²¹. El conocido poeta romántico, graduado en derecho, profesor de historia y latín en el Colegio Imperial Pedro II, encargado ya anteriormente de evaluar bibliotecas antiguas —como las heredadas de los colegios jesuitas— estaba por esa época viajando por Europa al servicio del gobierno, recogiendo y reproduciendo documentos de interés para la historia de Brasil.

Nacional, la Comisión se estructuró además en las siguiente secciones: Zoológica, coordinada por Manoel Ferreira Lagos (1816-1871); Geológica y Mineralógica, dirigida por Guilherme Schüch de Capanema (1824-1908), ambos directores del Museo Nacional; Astronómica y Geográfica, que tenía al frente a Giacomo Raja Gabaglia; y Etnográfica y Narrativa de Viaje, bajo la responsabilidad de Gonçalves Dias (1823-1864). Integraban también la Comisión como principales adjuntos Manuel Freire Allemão y João Martins da Silva Coutinho, futuros directores de las secciones de Botánica y Geología del Museo Nacional; João Pedro Villa Real, naturalista preparador (su hermano Luis Antonio era adjunto de la sección de Zoología del Museo); Agostinho Vitor Borja Castro, formado en Matemática por la Escuela Militar, y futuro profesor de la Politécnica de Río de Janeiro en 1872; y el teniente José Reis de Carvalho, profesor de dibujo de la Escuela Imperial de la Marina de 1828 a 1865, quien sería el dibujante de la Comisión.

²¹ Las menciones a la correspondencia de Gonçalves Dias que siguen, indicadas en el texto por fechas, están en la Biblioteca Nacional. Véase también Gonçalves Dias, 1964, y 1972, pp. 79-80.

En su correspondencia personal con el emperador D. Pedro II²², a quien le informaba en detalle sobre el curso del trabajo, Gonçalves Dias daba cuenta de las complejidades burocráticas y de las dificultades para encontrar un secretario para copiar infinidad de documentos en la Torre de Tombo, en la Academia de las Ciencias de Lisboa, en el archivo del Consejo Ultramarino —en ese entonces en el Palacio de Ajuda—, en la Biblioteca de Porto o en el «tesoro» que era la biblioteca de Évora para Brasil. Reclamaba por los complicados arreglos diplomáticos para recibir y enviar cartas y para obtener autorización para la copia de los documentos de los archivos y bibliotecas portuguesas; el patronazgo del emperador o de sus parientes portugueses era muchas veces la única solución.

Su misión era adquirir, especialmente en Portugal, documentos tales como cartas regias entre 1648 y 1798, acuerdos entre 1628 y 1662 y entre 1675 y 1683, además de muchos otros documentos que enumeraba en sus cartas al emperador —en las que también le contaba sobre el avance de sus publicaciones literarias—. Se trataba de formar un archivo del Imperio de Brasil que les permitiera a los socios del IHGB escribir la historia a partir de los propios naturales del país. Se trataba de un proceso muy similar a aquello que se pretendía hacer en el Museo: que fueran los propios naturalistas del país, y no solamente los extranjeros, los que escribieran sobre la historia natural de Brasil. Sin embargo, para eso era fundamental que se adquiriera todo lo que ya había sido escrito sobre el país. A la misión de recoger documentos para el Archivo del IHGB se sumó la de comprar libros para la biblioteca del museo.

El primer cuestionamiento sobre los trabajos de la comisión, que dio lugar a una serie de sucesivas e injustas críticas, según Lagos, trataba justamente de la compra de una «voluminosa biblioteca solicitada por la Comisión y del material calificado de inmenso e innecesario». Guilherme de Capanema²³, director de la sección de Mineralogía y Geología del Museo Nacional e integrante de la comisión, salió a defender la compra de los libros, aunque reconoció que se trataba de una cantidad «bastante considerable». Garantizó que solo habían sido solicitadas las obras consideradas indispensables para los trabajos de historia natural y que no estaban en las bibliotecas públicas ni en las particulares de la Corte de Río de Janeiro. Así,

dejaron de pedir las espléndidas publicaciones de Humboldt y Bompland, de Spix y Martius, de Pohl, de Saint-Hilaire y de otros autores existentes en la Biblioteca Nacional y en la de nuestro Instituto (IHGB); así como las

²² Véanse especialmente las cartas del 2 de agosto, 5 de setiembre y 6 de noviembre de 1854; 29 de mayo, 13 de julio y 12 de agosto de 1855; 7 de enero, 12 de mayo, 14 de junio, 13 de setiembre y 6 de octubre de 1856; y 4 de enero de 1857.

²³ Sobre Capanema, véanse los trabajos de Figueirôa, 2001 y 2009.

obras de Reamur, Olivier, Schoenherr, Fabricius, Guèrin-Méneville, Meigen, Macquart, Déjean y muchas otras bellas monografías que posee nuestro amigo y compañero de expedición el Dr. Ferreira Lagos, en cuya excelente biblioteca se encuentran también las preciosas colecciones completas de los *Annaes* de la Sociedad Entomológica de Francia, de las *Suites à Buffon* publicadas por Roret, la Historia Natural de los peces de Cuvier y Valenciennes, etc., etc. (Gonçalves Dias, 1862, p. CXLV)²⁴.

Con respecto a los periódicos científicos, unos pocos fueron pedidos «por ahora», explicó Capanema, «para no sumar gastos; sin embargo las series completas de muchos son de absoluta necesidad, dado que en ellas se encuentran las numerosas memorias de importancia sobre la geografía y la historia natural de Brasil, y se solicita que la comisión esté actualizada con esos trabajos para evitar el triste espectáculo de aislamiento científico e ignorancia de lo que se ha escrito sobre el propio país» (Lagos, 1862, p. CXLV). Por eso mismo, Capanema solicitó específicamente a Gonçalves Dias que comprara otro volumen del *Edinburgh New Philosophical Journal* de 1841, para confirmar en el campo —en la chapada del Araripe, Ceará— los restos fósiles de peces descritos por Agassiz y corregir las descripciones geológicas de Gardner, cuyos artículos allí habían sido publicados (Gardner, 1841; Agassiz, 1841).

Capanema, que estudió y viajó por toda Europa, conocía libreros, instituciones científicas y departamentos de Estado. Indicaba con precisión las direcciones donde Gonçalves Dias debía buscar, incluso sus pedidos personales de libros, como los *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, el *Journal d'Agriculture pratique*, el *Journal des fabricants de Papier*, el *Bulletin de la Société d'Acclimatation* en París o el *Botanical Magazine* de Curtis, que ya debería estar por el volumen 80 y podría ser encontrado en la Willis & Sotheran en Londres; y las obras de Lindley, *Genera and species of orchidaceous plants*, de 1830-1840, y el *Sertum Orchidaceam*, de 1837-1842²⁵. El 2 de febrero de 1857 Gonçalves Dias ya había encontrado un ejemplar del *Sertum* en Leipzig en perfecto estado. Sin embargo, aún no lo compraría, dado que aguardaba información sobre el precio de la obra en Londres. En otras cartas informaba a un amigo sobre el progreso de las compras de sus libros y otros que acabó por comprar, como las obras de Candolle, Monkoven y Payer, y la décima

²⁴ Obras de esos autores citados como pertenecientes a Lagos se encuentran en el catálogo de obras raras de la Biblioteca del Museo. Los contemporáneos le atribuyeron valor a esa biblioteca particular que fue comprada por el gobierno, a pedido del Museo, por un valor de 14 contos de réis a pagarse en dos ejercicios financieros, por una orden del 9 de setiembre de 1871 (Cunha, 1966).

²⁵ Cartas del primero de marzo y del 4 de diciembre de 1856.

livraison de *Organogenia vegeta*²⁶. Para Lagos, Gonçalves Dias debería buscar el *Catalogue méthodique de Muséum d'histoire naturelle*, ya que él únicamente había recibido la primera y segunda *livraison* de la colección de reptiles, la primera y segunda de insectos coleópteros y la primera de mamíferos, y necesitaba los demás para sus estudios²⁷.

El 24 de febrero de 1857 Capanema envió a Gonçalves Dias el pedido de la biblioteca de la Comisión Exploradora. Mientras Gonçalves Dias se encargaba de la compra de los libros, el ingeniero Raja Gabaglia, que dirigía la sección de Astronomía de la Comisión, era el encargado de la compra de todos los demás materiales, instrumentos y aparatos necesarios, que abarcaban desde pequeños frascos de vidrio, papel y tinta para dibujo, hasta microscopios y telescopios. Para la compra de los libros alemanes sugería la librería Perthes Besser & Mauke en Hamburgo, que era la encargada del envío de las publicaciones que la Academia de Ciencias de Viena mandaba para el IHGB. La propia editora se encargaba de la encuadernación de los libros y los que estaban en oferta al momento de compra eran ofrecidos por el mismo precio de los anticuarios. Las casas comerciales como Perthes Besser & Mauke en Hamburgo y la Brockhaus de Leipzig eran mencionadas entre las principales editoras y distribuidoras de libros y obras inusuales en catálogos de otras bibliotecas de la época, como el de la Astor Library, que se convertiría posteriormente en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Una sección del propio catálogo de la biblioteca norteamericana —como ejemplo explícito para comprender el papel que juegan actualmente las infraestructuras epistémicas— dedicaba una sección a los *booksellers*, mencionando que esa sería una parte «corporal» y no «espiritual» de la bibliografía. Los próximos libros serían considerados en su totalidad como cosas materiales y mercadería. Allí, se destacaba que Alemania tenía prioridad sobre todos los otros países en el comercio de libros. Había editoras y casas comerciales en casi todas las regiones del país y, sin duda alguna, Leipzig era el gran centro de ese comercio, incluyendo sus ferias de libros (Cogswell, 1851). Precios económicos, sugería Capanema —quien parecía tener el catálogo en su mano—, también eran ofrecidos por Willis & Sotheran, de Londres, cuyos catálogos de la época ofrecían libros nuevos y de segunda mano, ingleses y extranjeros, así como libros antiguos impresos y manuscritos, «todos en buenas condiciones de uso y con precios muy razonables». A título de ejemplo, el catálogo de 1859, de «libros superiores de segunda mano», ofrecía antigüedades, biografías, heráldica, historia, idiomas, viajes, historia natural, arquitectura, libros

²⁶ Cartas del 3 de setiembre de 1857 y del 4 de marzo de 1858.

²⁷ Carta del 14 de octubre de 1856.

ilustrados y reproducciones de imágenes a precios alterados (Willis & Sotheran, 1859).

Sin embargo, por una cuestión de calidad y economía, la mejor opción para la compra de los libros fue la de Brockhaus, uno de los más reconocidos anticuarios dedicados a publicaciones sobre viajes de exploración y etnología, fundado en Leipzig en 1856 (Werner, s.f.), tal como Gonçalves Dias explicaba en detalle para justificar sus gastos frente al emperador²⁸. Friedrich Brockhaus y especialmente Paul Trömel, gerente y responsable de la organización de los libros raros de Brockhaus, mantuvieron correspondencia regular con Gonçalves Dias, tanto como viabilizadores de las compras de libros para la Comisión, como en su condición de editores de algunas de sus obras en Leipzig, como por ejemplo los *Timbiras* y el *Diccionario de la lengua Tupi*.

En el comercio de libros, a los intereses de la misión oficial se sumaron los intereses particulares de Gonçalves Dias. Por su parte, el poeta intercedería también a favor de los intereses de Paul Trömel y de los hermanos Heinrich y Friedrich Brockhaus. Su objetivo, el cual sería cumplido, era el de convertirse en librerías oficiales del IHGB, bajo el beneplácito del emperador²⁹. Poniendo en evidencia el avance de esas negociaciones, que se extenderían hasta el año siguiente, una de las cartas de Paul Trömel ya contaba con el sello de armas del Imperio de Brasil y la leyenda «F.A. Brockhaus. Libraire de Sa Majesté D. Pedro II. Empereur du Brésil et de l'Institut d'Histoire et de Géographie à Rio de Janeiro»³⁰.

Al principio existieron desacuerdos con los hermanos Brockhaus. Sin embargo, posteriormente, los negocios se arreglaron, tanto en relación con la edición de las obras de Gonçalves Dias como con los pedidos para la Comisión. Esto fue logrado por medio de las amenazas de interrupción de la edición de los trabajos del poeta y, fundamentalmente, por el interés de Brockhaus de entrar en el mercado editorial brasileño, como Gonçalves Dias informaba a Capanema en las cartas intercambiadas con su amigo³¹. Al comunicarse con el emperador, Gonçalves Dias no expresó más que elogios a Brockhaus —que por primera vez trabajaba para Brasil— y a la facilidad con la que se editaban los libros en Leipzig³². Asimismo, explicaba cómo los procedimientos de la compra de libros, y principalmente de los instrumentos, eran lentos, y por eso retrasaban la partida de la Comisión. Esta fue una estrategia que también utilizaron los encargados de la Comisión Científica para esperar una

²⁸ Carta del 4 de noviembre de 1857.

²⁹ Carta del 28 de diciembre de 1857.

³⁰ Carta del 10 de octubre de 1857.

³¹ Cartas del 2 y 5 de febrero de 1857.

³² Carta del 4 de marzo de 1857.

coyuntura política más favorable para su partida a Ceará, como ya fue discutido en otros trabajos.

Brockhaus pedía en junio de 1857 tres meses para obtener libros en buenas condiciones y a precios más baratos, los cuales, de todos modos, representaban una suma muy alta para el contexto brasileño. Las obras solicitadas solo se hallaban en los locales de anticuarios. Buscarlas, escogerlas y encuadernarlas llevaba tiempo, para lo cual el librero haría uso de sus contactos en toda Europa, según informaba Gonçalves Dias. Los libros seleccionados para la compra eran impresos por sociedades científicas o gobiernos y, en general, se trataba de pequeñas ediciones con un gran número de estampas a color que los volvían aún más caros, ya que había que elegir los ejemplares en mejor estado de las mejores ediciones. El librero se responsabilizaba por la calidad de las obras, aseguraba Gonçalves Dias al emperador, «porque desea ser el librero del IHGB en Europa»³³.

De hecho, dada la calidad de las obras y la belleza y perfección de las imágenes de varias identificadas por el *ex libris* de la Comisión, algunas fueron elegidas para figurar en la exposición conmemorativa del centenario de la biblioteca en 1963. Ese fue el caso de las de Caspar Stoll, *Representation exactement coloré d'après nature des Punaises* y *Representation exactement coloré d'après nature des Cigales*, ambas publicadas en Ámsterdam en 1788; la de William Jackson Hooker, *Figures and descriptions of ferns*, publicada en dos volúmenes en Londres en 1831; y la de R. P. Egramelle, *Insects d'Europe peintes d'après nature par Ernest*, publicada en París en 1779. En la misma Exposición también se incluyeron las obras, con los *ex libris* de la Comisión, de Louis de Freycinet, *Voyage autour du monde faite pour ordre du Roi sur les corvettes de S.M. l'Uranie et la Physicienne pendant les années 1817, 1818, 1819, 1820*, publicada en París entre 1824 y 1849; y de Marcus Elieser Bloch, *Ichtiologie or Histoire naturelle générale et particulière des poissons*, publicada en Berlín entre 1785 y 1797.

Tres raras encuadernaciones holandesas y de primer orden, de las cuales no se conseguiría un segundo ejemplar, las obras de Montoya y Lindley pedidas por Capanema, estaban siendo provistas por Trömel³⁴, que también había enviado los *Études administratives* de M. Vivien y una pequeña gramática holandesa, posiblemente para uso personal de Gonçalves Dias, que quería aprender el idioma. Trömel proveyó también un ejemplar del *Curtis Botanical Magazine*, reuniendo los 73 volúmenes de 1787 a octubre de 1843, informando que sería fácil completar la serie hasta 1856, indicando los precios y garantizando que los libros podrían ser

³³ Carta del 3 de junio de 1857.

³⁴ Carta del 24 de febrero de 1857.

devueltos en caso de que el comprador no los quisiera. Al encontrarlos, los mandó a reservar a cualquier precio y compró por 100 francos, según Gonçalves Dias, un ejemplar bien completo de Hervás, *Catálogo de las lenguas* (1800), que poseía un valor agregado. Estaba a la venta en una subasta en París entre las obras de d'Orbigny³⁵.

Evidenciando el interés por los estudios paleontológicos que Burlamaque inauguraba en el museo, fueron compradas y forman parte de la biblioteca de obras raras del museo las cuatro obras de paleontología botánica de Heinrich Robert Goeppert de 1836, 1841, 1848 e 1854; la obra de 1844 sobre infusorios de diversos ambientes marinos de Christian Gottfried Ehrenberg, un reconocido pionero en micropaleontología; la obra *Petrefacta Germaniae* sobre los fósiles invertebrados de Alemania de 1826-1844, con un atlas de 199 imágenes de August Goldfuss que Trömel había prometido³⁶; y el libro de Agassiz, *Recherches sur les poissons fossiles*, de Neuchâtel, 1833-1843, dedicado a Humboldt y con la descripción de quinientas especies de peces fósiles. Las informaciones regulares de Trömel sobre la búsqueda y reserva de los libros encomendados estaban siempre acompañadas de información sobre la impresión de las obras de Gonçalves Dias y de pedidos para interceder con el IHGB, prometiendo obsequiar al instituto la selección de las mejores publicaciones de la editora. Trömel, que publicó diversos catálogos y estaba preparando su *Bibliothèque Américaine* (1861) —un catálogo de 435 libros, referencial hasta el día de hoy—, pedía a Gonçalves Dias información para consultar la revista del IHGB, si había alguien en Alemania que tuviera la colección³⁷.

La suma de recursos disponibles para los gastos a los que las correspondencias se refieren comenzó con 3000 libras esterlinas y llegó a 4000; 1300 se destinaron para libros y el resto para instrumentos. Se trata solamente de valores indicativos de la proporción de los recursos disponibles, dado que no es posible confirmar el valor total de los gastos de las compras realizadas en Europa, ya que además implicaban toda una movilización de otro tipo de recursos como cartas, correos, transporte de libros y materiales científicos de una ciudad a otra a través de puertos y aduanas, sin contar las deudas. Gonçalves Dias le confesaba a Capanema que aprovecharía el crédito que había adquirido con Brokhaus. Compraba lo que era necesario y luego quedaba en deuda hasta que el gobierno suministrara el pago³⁸. El 5 de mayo de 1858, en vísperas del retorno a su país, le comentaba al emperador que

³⁵ Cartas del 17 de diciembre de 1857 y del 25 de enero de 1858.

³⁶ Carta del 8 de mayo de 1857.

³⁷ Cartas del 3, 21 y 31 de marzo de 1857.

³⁸ Cartas del 3 de julio y del 2 de agosto de 1857.

aún esperaba un crédito suplementario solicitado al ministro del Imperio desde noviembre del año anterior.

Gonçalves Dias se refería a Brockhaus como la «perla de los libreros para descubrir cosas viejas y raras», y estaba convencido de haber hecho un gran negocio, así como también de la indicación para que el IHGB lo nombrase su librero. Entre los argumentos a favor de que Brockhaus se convirtiera en el comprador y distribuidor oficial del IHGB mencionaba el hecho de que los ejemplares de la revista del IHGB no llegaban ni siquiera a naturalistas e instituciones próximas a Brasil. La Academia de Ciencias de Lisboa debió dejar incompleta su colección de la revista del Instituto. Ferdinand Denis y Martius no recibían desde hacía tiempo los volúmenes de la revista; por ello podía suponerse que los demás socios correspondientes del IHGB tampoco la recibían. Asimismo, Gonçalves Dias argumentaba que Brockhaus era concienzudo y entendido en su ramo, mucho más competente que varios libreros franceses que se autopromocionaban³⁹, y la marcha de las impresiones de sus libros también lo satisfacía mucho.

Los presupuestos de la Perthes Besser & Mauke y de la Borckhaus eran incomparables. Por un pedido de libros y otro suplementario que fueron solicitados, mientras Perthes presupuestaba los envíos en 7500 y 1500 francos, Brockhaus cobraba 2700 francos y menos de la mitad de Perthes por lo restante⁴⁰. Perthes, además, quería cobrar como si la encomienda ya hubiese sido hecha, argumentando que había tenido perjuicio de algunos cientos de francos. «¿Brockhaus no es un benemérito?», preguntaba al amigo Capanema⁴¹. Asimismo, Trömel le ofrecería algunos diccionarios y gramáticas, sin quedar claro si eran para la Comisión o para Gonçalves Dias: el *Dictionnaire* de Bluteau, el de latín-alemán de Georges, el de alemán de Heyse, el del célebre Grimm y el de Meyer. Le ofreció inclusive algunos catálogos, entre los cuales Gonçalves Dias podía elegir una pequeña biblioteca para llevar en el viaje al Ceará, con los clásicos franceses, alemanes, ingleses e italianos, en ediciones bien compactas, cómodas y a buenos precios⁴².

Por la elección de las casas comerciales y las menciones a algunas de las pocas obras aquí señaladas, es evidente que Gonçalves Dias buscaba formar una biblioteca que incluyera obras raras, entre las cuales no debían faltar obras más actuales de conocidos naturalistas. Existía una clara intención de crear una buena biblioteca especialmente de obras de ciencias naturales, arqueología y etnología

³⁹ Carta del 28 de diciembre de 1857.

⁴⁰ Carta del 3 de setiembre de 1857.

⁴¹ Carta de setiembre de 1857.

⁴² Carta del 24 de noviembre de 1857.

que no tenía como fin ser llevada a Ceará, sino permanecer en la Corte. Así como Gonçalves Dias acumulaba manuscritos, sus compras en Europa para el IHGB, la institución encargada de inventar la historia oficial del país, se orientaban a la organización de una biblioteca de ciencias naturales. La principal institución dedicada a las ciencias naturales en el país en la que faltaba una biblioteca era el Museo Nacional de Río de Janeiro, al cual se vinculaban casi todos los encargados de la Comisión de Ceará. A pesar de las innumerables críticas sufridas en la época por la Comisión —en el sentido de que no había cumplido con todos sus compromisos—, el Museo Nacional literalmente «lavó su cara» (Lopes, 1996) con las colecciones de productos naturales y libros obtenidos a través de los recursos liberados para la Comisión.

Antes de partir para Ceará, los viajes de Gonçalves Dias lo llevaron a archivos, bibliotecas, anticuarios, casas comerciales y editoras. «Sin papeles no hubiese sucedido», como ya sugirió Marie-Noëlle Bourguet para los viajes de Humboldt. Hubo varios aspectos comunes entre los viajes para la constitución de colecciones de documentos y aquellos destinados a reunir colecciones de productos naturales o artefactos culturales. Papeles, libros, objetos de historia natural, lejos de acumularse por sí solos, resultan amplios emprendimientos de recolección, complejas operaciones de traslado y la construcción y disputas sobre los lugares de almacenamiento adecuados (Bourguet, 2008; Podgorny, 2012). Tales espacios —archivos, bibliotecas y museos—proliferaron masivamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX tanto en Brasil como en otros lugares. La práctica secular de reunir colecciones particulares se incrementó, así como su venta en subastas y anticuarios, y los archivos, bibliotecas y museos se ampliaron al mismo tiempo que las editoras comerciales, el comercio de manuscritos, libros nuevos, usados y raros, y las casas de venta de productos de historia natural e instrumentos científicos. Actuaron en conjunto en el proceso de aceleración y consolidación de la economía del conocimiento para permitir a funcionarios de gobierno, historiadores y científicos manipular textos, documentos y objetos (Hedstrom & King, 2006a, y 2006b), colocarlos bajo tutelas unificadas, buscar homogeneizar visiones y transformarlos en objeto de interés de distintas naciones (Podgorny, 2012).

La historia está llena de ejemplos que demuestran que esos procesos no fueron lineales. En este caso, fueron facilitados por intereses personales y lazos de amistad como la de Capanema, Gonçalves Dias y el emperador, por relaciones comerciales como aquella con Brockhaus e intereses de grupos específicos como los de los socios del IHGB o de los directores del Museo Nacional, y que surgieron gracias

a coyunturas fortuitas que, aunque inestables, posibilitaron su emergencia, como el caso de la Comisión de Ceará.

En 1865, Manoel Ferreira Lagos continuaba «confeccionando un catálogo de los libros, se había comprado un pequeño número de obras y continuarían llegando los periódicos de ciencias naturales de costumbre»⁴³. En 1866, «la Biblioteca de ciencias naturales y físicas conformada por la reunión de los libros pertenecientes al Museo y de los que fueran comprados para uso de la Comisión científica», como publicitaba el *Almanak Laemmert*, aún no estaba abierta al público por no haberse realizado las obras necesarias en el edificio que Burlamaque pedía todos los años en su informe al gobierno⁴⁴. Los libros continuaban dispuestos en dos salas del piso superior del Museo que habían sido utilizadas como secretaría. Sin embargo, venían cumpliendo exactamente su rol, a juzgar, por ejemplo, por el testimonio de doctor Gouveia, director de la sección de Zoología del Museo Nacional. En 1862 Gouveia se ocupó de revisar las numerosas colecciones de conchas del museo y otras colecciones extranjeras antiguas, cuya nomenclatura ya estaba ultrapasada. «Si no hubiera tenido a disposición las excelentes obras de la biblioteca organizada por la Comisión Científica» no hubiese sido posible este trabajo⁴⁵.

Una vez organizada la biblioteca de obras raras y fundamentales del museo, que permanecería restringida para uso de los especialistas hasta la década de 1870, la tarea era ahora colocar al museo en el orden del día de sus congéneres internacionales. Se trataba de publicar e intercambiar. Ladislau Netto, director del museo entre 1875 y 1893, fue el organizador de esta fase de mejoras por las cuales la institución pasaría a ser envidiada por los directores de los museos latinoamericanos (Podgorny & Lopes, 2013).

⁴³ «Relatório dos trabalhos feitos e de aquisições havidas no Museu Nacional durante o ano de 1865». Libros de Cartas del Museo Nacional, Libro D5, f. 111. Según información ofrecida por los bibliotecarios del Museo Nacional, no ha podido ser localizado el catálogo referido.

⁴⁴ Para el *Almanak Laemmert* del año 1866, véase: <http://brazil.crl.edu/bsd/bsd/almanak/al1866/00001213.html>.

⁴⁵ «Relatório dos trabalhos feitos no Museu Nacional e das ofertas recebidas durante o ano de 1862. Seção de Zoologia e de Anatomia Comparada». Museo Nacional, Carpeta 7, 46.

CONSIDERACIONES FINALES: «EL INCALCULABLE CRECIMIENTO DE SU BIBLIOTECA... POR MEDIO DE ESA ANTIGUA PRAXIS DE FAVORES RECÍPROCOS TAN UTILIZADA EN MUSEOS Y ACADEMIAS»⁴⁶

Por su importancia y «fecunda consecuencia», los archivos del Museo Nacional fueron presentados como el primero de los beneficios producidos por la reforma que Ladislau Netto emprendió en el museo. A partir de 1876, con la publicación de los *Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro*⁴⁷, la biblioteca del museo se ampliaría. Las publicaciones recibidas por los intercambios con los *Archivos* pasaron a formar parte de las listas que Ladislau Netto publicaba para mostrar el prestigio que su iniciativa traía al museo. Más allá de las publicaciones aisladas de diversos autores y países —como las obras de Burmeister, por ejemplo—, el museo comenzó a divulgar sus investigaciones y a recibir las publicaciones de instituciones científicas muy diversas como los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, el *Boletín del Observatorio Central de México*, las *Mémoires de la Société Royale des Antiquaires du Nord* de Copenhague y las *Transactions of Geological Society* de Edimburgo y Manchester. De París vinieron los periódicos de la *Société Centrale d'Horticulture* y la *Société d'Encouragement pour l'Industrie Nationale*, y el *Bulletin Mensuel de la Société d'Acclimatation*; y de Toulouse, el *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle*. Asimismo, llegaron los reportes de la *Academy of Natural Science* de Filadelfia, el *Bolletino de la Società Geographica Italiana*, el de la *Sociedad Geográfica de Madrid*, y *The Popular Science Monthly* de Nueva York, entre otros.

Esta lista se incrementaba cada año incorporando publicaciones de prestigiosas y distantes instituciones científicas. En el volumen de los *Archivos* de 1887, el listado de los intercambios ocuparía dieciocho páginas con las publicaciones recibidas, clasificadas por regiones continentales, países y ciudades de sus ediciones. Allí están registradas también las publicaciones de ciencias naturales editadas en distintas ciudades alemanas y las del *Indian Museum* de Calcuta. Las publicaciones recibidas de Java, Wellington y Melbourne aparecen al lado de las *Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences* de San Petersburgo, de los *Reports, Memoirs and Bulletins of Museum of Comparative Zoology* de Harvard, de las publicaciones del *Institut Egyptien* de Alejandría y de las *Philosophical Transactions of the Royal Society*, lo que evidenciaba el alcance de la distribución de los 2000 a 3000 ejemplares de los *Archivos*. La publicación de estos últimos era anunciada con cierta regularidad en publicaciones extranjeras, especialmente en las latinoamericanas. Algunos de sus

⁴⁶ Netto, 1887, p. 4.

⁴⁷ Sobre los Archivos del Museo Nacional, véase Lopes, 2009a; y Gualtieri, 2008.

artículos, principalmente los de antropología, fueron comentados en publicaciones francesas⁴⁸ y, en años siguientes, algunos volúmenes incluyeron artículos en inglés. Dado que en su mayoría eran publicaciones en portugués, los *Archivos* quizás tuvieron ciertas dificultades para ser leídos. No obstante, posibilitaron llenar y mantener actualizada, a costo de correo, la biblioteca del Museo Nacional de Río de Janeiro.

A fines del siglo XIX, cuando Ladislau Netto se encontraba en vías de dejar el Museo, se acababa la esclavitud (1888) y el país se convertía en una República (1889), la Biblioteca del Museo Nacional convivió en Río de Janeiro con las siguientes bibliotecas abiertas al público: la de la Academia de Bellas Artes, la de la Intendencia Municipal del Distrito Federal, la de la Escuela de Aprendices Artilleros, la de la Escuela Militar de la Praia Vermelha, la de la Escuela Politécnica, la del Ejército, la de la Facultad de Medicina (con 35 000 volúmenes), la Biblioteca fluminense (con 62 000), la Biblioteca de Alemania, la del Gremio Literario Joaquim Abílio (con cerca de 2000 volúmenes), la de la Marina, la Municipal, la Biblioteca Nacional de la capital federal y la del Gabinete Portugués de Lectura (con 32 000 obras en alrededor de 64 000 volúmenes) (*Almanak Laemmert*, 1891, pp. 1574-1578).

Para dar continuidad a la investigación que este artículo vuelve a poner sobre la mesa —la historia de las bibliotecas científicas del país— cabría preguntar quiénes eran los lectores de estos acervos. En el análisis de las bibliotecas particulares de abogados y médicos de Río de Janeiro desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la segunda década del siglo XX, la historiadora Tania Bessone llegó a la conclusión de que médicos y abogados integraban el 17% de la población libre (hasta 1888) que podía leer y escribir. Eran parte de los electores, que hacia 1889 no superaban los 125 000 hombres (Ferreira, 1995); las mujeres no tenían derecho al voto. Estas son pistas que quizás nos permitan comprender por qué la adquisición de libros para la Comisión de Ceará fue tan criticada, por qué las reformas del museo fueron prorrogadas por los sucesivos gobiernos y por qué la Biblioteca del Museo Nacional se encontró por largos años a disposición de los funcionarios del propio museo, naturalistas que se empeñaban en constituir áreas de conocimiento en medio de condiciones específicas que no siempre eran favorables a la cultura científica en la que vivían.

⁴⁸Para las consideraciones sobre la circulación de los Archivos en el exterior, véase Agostinho, 2014.

BIBLIOGRAFÍA

- Agassiz, Louis (1841). On the fossil fishes found by Mr. Gardner in the Province of Ceará, in the north of Brazil. *Edinburgh New Philosophical Journal*, XXX, 82-84.
- Agostinho, Michele de B. (2014). «O Museu em revista: a produção, a circulação e a recepção da Revista Archivos do Museu nacional». Tesis de Maestría. Programa de Pós-graduação em História. Universidade Federal Fluminense.
- Almanak Laemmert: Administrativo, Mercantil e Industrial* (1891). Rio de Janeiro: Companhia typographica do Brazil. Edição c00048. <http://bndigital.bn.br/acervo-digital/imanak/313394>
- Bourguet, Marie-Noëlle (2008). Escritura del viaje y construcción científica del mundo. La libreta de Italia de Alexander von Humboldt. *Redes*, 28, 81-95.
- Camenietzki, Carlos Ziller (2003). Problemas de História da Ciência na Época da Colônia: a colônia segundo Caio Prado Jr. En Ana Maria Ribeiro (ed.), *Ciência em perspectiva. Estudos, Ensaios e Debates* (pp. 97-106). Rio de Janeiro: Museu de Astronomia e Ciências Afins y Sociedade Brasileira de História da Ciência.
- Claussen, Pedro (1841). Notes géologiques sur la Province de Minas Geraes, au Brésil. *Bulletin de l'Académie Royale de Bruxelles*, VIII(5), pp. 322-344.
- Cogswell, Joseph Green (1851). *Astor Library. Catalogue with short titles of books now collected and of the proposed accessions, as submitted to the trustees of the library for the approval. Jan. 1851*. Nueva York: R. Craghead.
- Cunha, Dulce F. Fernandes (1966). *A Biblioteca do Museu Nacional do Rio de Janeiro. 1863-1963*. Rio de Janeiro: Museu Nacional.
- Ferreira, Tania Maria T. Bessone da C. (1995). Leitores do Rio de Janeiro: bibliotecas como jardins de delícias. *Acervo*, 8(1-2), 83-104.
- Ferreira, Tania M. Bessone da C. (2009). A biblioteca de Rui Barbosa: origens e preservação. En Lúcia Maria Bastos Pereira das Neves (ed.). *Livros e Impressos. Retratos do setecentos e do oitocentos* (pp. 303-330). Rio de Janeiro: EdURJ.
- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (1997). *As ciências geológicas no Brasil: uma história social e institucional. 1875-1934*. São Paulo: Hucitec.
- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (2001). Guilherme Schüch of Capanema: his contributions to the development of a technical culture in 19th century Brazil. En Juan José Saldaña (ed.), *Science and cultural diversity: Proceedings of the 21st International Congress of History of Science* (pp. 1813-1818). Ciudad de México: Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (2009). Areias, ventos e secas: ainda assim, um «Eldorado» à brasileira. En Lorelai Kury (ed.), *Comissão Científica do Império, 1859-1861* (pp. 85-111). Río de Janeiro: Andrea Jakobsson.
- Gardner, George (1841). Geological Notes made during a Journey from the Coast into the Interior of the Province of Ceará, in the North of Brazil, embracing an Account of a Deposit of Fossil Fishes. *Edinburgh New Philosophical Journal*, XXX, 75-81.
- Gonçalves Dias, Antônio (1862). Parte Histórica. En *Trabalhos da Comissão Científica de Exploração*. Río de Janeiro: Tip. Universal de Laemmert.
- Gonçalves Dias, Antônio (1964). Correspondência ativa de Antônio Gonçalves Dias. En *Anais Biblioteca Nacional*, v. 84. Río de Janeiro: División de Publicación y Divulgación. http://objdigital.bn.br/acervo_digital/anais/anais_084_1964.pdf
- Gonçalves Dias, Antônio (1972). Correspondência Passiva de Antônio Gonçalves Dias. En *Anais da Biblioteca Nacional*, v. 91. Río de Janeiro: División de Publicación y Divulgación. http://objdigital.bn.br/acervo_digital/anais/anais_091_1971.pdf
- Gualtieri, Regina C. Ellero (2008). *Evolucionismo no Brasil: ciências e educação nos museus, 1870-1915*. São Paulo: Livraria da Física.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006a). Epistemic Infrastructure in the Rise of Knowledge Economy. En Brian Kahin & Foray Dominique (eds.), *Advancing Knowledge and the Knowledge Economy* (pp. 113-134). Cambridge: MIT Press.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006b). *On the LAM: Library, Archive, and Museum Collections in the Creation and Maintenance of Knowledge Communities*. Organization for Economic Cooperation and Development. www.oecd.org/dataoecd/59/63/32126054.pdf
- Hervás, Lorenzo (1800). *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y classes de estas segun la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid: s.e.
- Lagos, Manuel Ferreira (1862). Informe de la Sección Zoológica. En *Trabalhos da Comissão Científica de Exploração*. Río de Janeiro: Tip. Universal de Laemmert.
- Lopes, Maria Margaret (1996). Mais vale um jegue que me carregue, que um camelo que me derrube... lá no Ceará. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 3(1), 50-64. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-59701996000100004>
- Lopes, Maria Margaret (2009a). *O Brasil descobre a pesquisa científica: as ciências naturais e os museus no século XIX* (segunda edición). São Paulo: Hucitec y Universidad de Brasília.
- Lopes, Maria Margaret (2009b). A Comissão Científica de Exploração. En Lorelai Kury (ed.). *Comissão Científica do Império, 1859-1861* (pp. 51-81). Río de Janeiro: Andrea Jakobsson Estúdio.

- Lopes, Maria Margaret (2010). Parentesco entre los muertos y los vivos en las cavernas de Lagoa Santa, en Brasil. *Anuario IEHS*, 25, 353-376.
- Lopes, Maria Margaret (2013). Minerales y fósiles para escudriñar el país, abarrotar las vitrinas y educar a la gente. En Miruna Achim & Irina Podgorny (ed.), *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870* (pp. 179-200). Rosario: Prohistoria.
- Netto, Ladislau (1887). *Relatório do Museu Nacional apresentado ao Illm. e Exm. sr. Cons. Thomaz J.C. de Almeida. Ministro e secretário de Estado dos Negócios da Agricultura, Comércio e Obras Públicas*. Río de Janeiro: Typographia de João Ignacio da Silva.
- Nizza da Silva, Maria Beatriz (1971). A Livraria Pública da Bahia em 1818: obras de História. *Revista de História*, 43(87), 225-239.
- Nizza da Silva, Maria Beatriz (1973). Uma biblioteca científica brasileira no início do século XIX. *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, 14, 137-148.
- Olsen, Penny (2009). The independent ornithologist. *The National Library Magazine*, 1(1), 18-20.
- Pinheiro, Rachel (2002). «As histórias da Comissão Científica de Exploração (1856) na Correspondência de Guilherme Schuch de Capanema». Tesis de Maestría en Geociencias. Universidade Estadual de Campinas.
- Pinheiro, Rachel (2009). «O que os nossos cientistas escreviam: algumas das publicações em ciências no Brasil do século XIX». Tesis de Doctorado en Enseñanza e Historia de las Ciencias de la Tierra. Universidade Estadual de Campinas.
- Podgorny, Irina (2012). Los archivos. Entre el síndrome de Barba Azul y los sueños de Napoleón. En Tatiana Kelly e Irina Podgorny (dirs.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata* (pp. 21-39). Rosario: Prohistoria.
- Podgorny, Irina & Maria Margaret Lopes (2013). Trayectorias y desafíos de la historiografía de los museos de historia natural en América Del Sur. *Anais do Museu Paulista*, 21, 15-25.
- Podgorny, Irina & Maria Margaret Lopes (2014). *El Desierto en una vitrina: Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890* (segunda edición). Rosario: Prohistoria.
- Reifschneider, Oto Dias Becker (2011). «A bibliofilia no Brasil». Tesis de doctorado. Programa de Posgrado en Ciencia de la Información. Universidad de Brasilia.
- Rodrigues, Luiz Fernando Medeiros (2011). As livrarias dos jesuitas no Brasil colonial, segundo os documentos do *Archivum Romano Societatis IESU. Cauriensia*, VI, 275-302.

- Santos, Josiel Machado (2010). Bibliotecas no Brasil: Um olhar histórico. *Revista Brasileira de Biblioteconomia e Documentação*, Nova Série, 6(1), 50-61.
- Silva, Luiz A. G. da. (2010). Bibliotecas brasileiras vistas pelos viajantes no século XIX. *Ciência da Informação*, 39(1), 67-87.
- Trömel, Paul (1861). *Bibliothèque américaine. Catalogue raisonné d'une collection de livres précieux sur l'Amérique, parus depuis sa découverte jusqu'à l'an 1700, en vente chez F.A. Brockhaus à Leipzig*. Leipzig: F. A. Brockhaus.
- Vellozo, José Mariano da Conceição (1961). *Flora Fluminensis de Frei José Mariano da Conceição Vellozo*. Rio de Janeiro: Publicações do Arquivo Nacional.
- Villalta, Luiz Carlos (1979). Bibliotecas Privadas e prática de leituras no Brasil Colonial. En Moraes, Rubens Borba de (ed.), *Livros e Bibliotecas no Brasil Colonial*. São Paulo: Secretaria da Cultura, Ciência e Tecnologia do Estado de São Paulo. <http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/ensaios/bibliotecas-br.pdf>
- Werner, Frank (s.f.). Rare Book on Travel and Exploration: Brockhaus / Antiquarium 1856-2011. *International League of Antiquarian Booksellers*. https://www.ilab.org/eng/booksellers_main_page/fiction/Brockhaus_Antiquarium.html
- Willis and Sotheran (1859). *A Catalogue of Valuable new and second-hand Books*. Londres.